



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra: El doble centenario hispánico de 1992 y 1998

Autor: Lizcano, Manuel

Forma sugerida de citar: Lizcano, M. (1988). El doble centenario hispánico de 1992 y 1998. *Cuadernos Americanos*, 5(11), 41-52.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, año II, núm. 11, (septiembre-octubre de 1988).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto dónde se indique lo contrario, éste artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional).

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México. Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510, Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material con propósitos comerciales.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

EL DOBLE CENTENARIO HISPANICO DE 1992 Y 1998

Por *Manuel* LIZCANO
SOCIÓLOGO ESPAÑOL

NO ES coincidencia pequeña, ni frecuente, ésta de que a la memoria colectiva de un viejo pueblo histórico —tan viejo que es uno de los fundadores esenciales de la Europa profunda— le haya dado tiempo a que se le junten de pronto este par de efemérides de lo más desacostumbradas. Tanto que lo que en ellas se simboliza es a la vez su máxima vitalidad y su postración pasadas. Y lo que aún resulta más chocante: que tal toma de conciencia no se produce, como sería de esperar, entre un grupo de especialistas atentos a la arqueología clasificada en las salas *n* del gran museo de las civilizaciones, sino dentro de un cuerpo social, político y cultural disparado a plena carrera. Podríamos puntualizar incluso: en el fondo tenso de la mente competitiva que rige a uno de los corredores incorporados hace apenas unas décadas al pelotón de cabeza del "desarrollo". A esta vanguardia de "las siete", según unos, o "las diez", según otros, "democracias industriales" del "Mundo Occidental" —o sea, no de todo el Mundo Occidental sino del neoimperio aglutinado por la Trilateral, el Banco Mundial y el Fondo Monetario— que abren marcha en este enloquecido maratón de los pueblos donde, quiéranlo o no, se atosigan hoy todos los de la Tierra en pos de un extraño futuro que tenemos ya ahí, a la vuelta de la esquina: el simbólico final inmediato del siglo xx.

Semejante despertar en medio de un asombroso escenario, propio más que de otra cosa de un relato de ficción científica urdido sobre el tema del "túnel del tiempo", es lo que yo diría que le está aconteciendo a España, esto es, a los españoles, ahora: al finalizar nuestro siglo, miembros ya de la CEE y de la OTAN, cuando tenemos que hacernos cargo conscientemente por primera vez, y a muy pocos años de distancia, de qué quiere decir esto de que se nos agolpen de pronto dos fechas tan elocuentes en su contrasentido que no pueden serlo más: 1992 y 1998.

Porque, si bien es cierto que la primera de ambas fechas nos da la perspectiva indispensable para recuperar el sentido y el sitio cultural que ahora nos corresponde, entre veintitantos, dentro de lo mucho que queda vivo de la invención española de América al inventar "las Indias", también lo es que la segunda fecha nos ha deparado el raro privilegio de asistir más o menos confortablemente, pero aún todos los hispánicos, a lo que debiera haber sido para otros el espectáculo de nuestro entierro histórico, y sólo se ha quedado para todos nosotros en una especie de filme rancio y semifantástico. Porque con la ocupación militar por los infantes de Marina estadounidenses de las últimas provincias del Ultramar hispanohablante, igual que antes se había hecho con los inmensos territorios mexicanos que hoy son base de lo mejor y más próspero de los Estados Unidos, en realidad no estaba muriendo nada. Solamente se estaban infligiendo unos atentados, tan inhumanos como innecesarios, a quienes quedaban sometidos a la despótica ley de "América para los norteamericanos" así como a unas Filipinas y Oceanía hispánicas que tan lejos quedaban del monroísta botín hemisférico. El hecho es que así comenzó la aventura imperialista de unos Estados Unidos que para nada, efectivamente, habrían necesitado atentar contra la vida de los hombres y la independencia de las naciones hispanohablantes. Estas naciones hispánicas que hoy no pueden dejar de unirse de nuevo, aunque en una forma ya mucho más crecida y madura que cuando hicieron su entrada —recordemos la miopía de Hegel—, en la historia universal.

No sólo es eso. Si volvemos a nuestro corredor amnésico al que le está sobreviniendo en plena marcha este feliz recuperar la memoria o el reconocimiento de sí mismo, lo que le ocurre incluso es que parece encontrarse en uno de los momentos en que su creatividad cultural se muestra de nuevo viva y pujante como en los mejores tiempos. Por lo menos, nunca podrá decirse que si fallara este conato de autoconciencia recobrada sería porque los españoles actuales anduviesen culturalmente a ciegas; esto es, no tuviesen a la mano uno de los mayores tesoros bibliográficos de interpretación hermenéutica de su propia identidad y tragedia existenciales de los que en vida haya podido disponer nunca, a lo largo de la historia, pueblo alguno.

Es en este fondo de la cuestión donde entiendo que habrá de centrarse quien desde España, o desde cualquier otra de las Españas, esté interesado en reflexionar y en comprender el sentido y los contrasentidos de nuestra nueva vitalidad, cuando la vemos reflejarse en esta conciencia colectiva nuestra, todavía incipiente-

mente recuperada. Ello se traduce perentoriamente así, para cualquier protagonista de la multiforme vida española, o en cualquier otra de las hispánicas, de los últimos años, en exigencias intelectuales muy concretas. Quizás antes que ninguna, esta imperiosa necesidad de sacudirnos todos los tópicos, reaccionarios unos y "progresistas" otros, que han sesgado de manera deformadora nuestras lecturas "cultas", pero sobre todo las universitarias, de varias generaciones.

Eso quiere decir que no podemos entender gran cosa de la "realidad" si no tomamos el mínimo esfuerzo crítico que supone despegar nuestra nariz de la pared para tratar de mirar de frente este desde luego sorprendente horizonte inmediato en el que nos hemos de discurrir con lucidez a nosotros mismos: a este antes desconocido "nosotros mismos" que estamos empezando a ser, o más propiamente hablando, a hacernos —y hacernos, como no puede ser de otra manera, frente a lo que nos rechaza: libremente. Perspectiva desde la cual lo que se viene sobre nosotros no es ya una quinta celebración —"¿de qué?" y "¿para qué?", "¿valió la pena?", "¿queda algo de algo?"— meramente autosatisfecha o autoflagelante, según los gustos, del centenario de 1492; sino una madeja de realidades excepcionales bastante más enmarañada y prometedora.

Pues lo que de nuevo tenemos ante nosotros es un campo de posibilidades espléndido, un *nuevo mundo* por descubrir, una realidad fabulosa prácticamente desconocida, una utopía excitante al máximo de la imaginación, la aventura y la energía. Sólo que ya no ingenua y visceralmente, como antes: a lo que saliera, sino poniendo ahora a concurso lo mejor, exclusivamente lo mejor, de nosotros mismos y de las metas elegibles. Lo mejor de nuestra racionalidad y ensoñación, tecnología y experiencia vital, ciencia y reflexión, arte y excedente acumulado, capacidad de sobrehumanación y relaciones internacionales. A quienes todo se les va en mirar al pasado con cara de autoflagelantes o de autosatisfechos, en ver lo bien parecidos que quedan nuestros antepasados o en maldecirlos, es hora que dejen paso a algo más serio: a la pasión y la inteligencia creadoras de quienes conocen ese pasado justamente, para hacer bien de una vez lo que en su primera salida Don Quijote no supo hacer más que a medias: al modo ácido de lo que no sale ni mal ni bien sino todo lo contrario. Tampoco se olvide que, al fin y al cabo, los hispanos o ibéricos que entonces andábamos con nuestra utopía entre manos apenas éramos diez millones, y hoy no bajamos ya de quinientos, la décima parte de la población de la Tierra.

Este colectivo reencuentro en profundidad con nosotros mismos, que buena falta nos hacía, está constituyendo, al margen de la anécdota política o informativa cotidiana, la experiencia reconcienciadora indispensable para una sociedad a la que se provocó, durante esas no pocas generaciones de "la decadencia", una larga amnesia. En suma, se trata de una hora excepcional, verdaderamente de mutación, de recomienzo histórico de lo que vale la pena que sigamos siendo, aunque de forma distinta de como lo éramos hasta ahora. ¿No se estará abriendo, justamente por aquí, por la situación insólita y dramática en que nos encontramos los hispanos emplazados, el primer momento de la evolución humana en que ya sea posible avanzar de frente hacia la sobrehumanación, sin que siga haciendo estragos terribles la autofagia inhumana del sistema de la dominación ejercida sobre la propia especie: este cáncer que nos roe, por lo menos desde el abandono de la vida preurbana que descubrió Clastres, al que tirios y troyanos denuncian hoy como el que nos condujo a esta extraña cima despiadada —bien al contrario del lobuno mito primordial de Hobbes— que nunca se conoció entre las demás especies vivas de la Tierra?

Aunque también parece necesario añadir que este como repentino reencuentro del español —que hasta nuestro siglo costaba trabajo reconocerle— con su razón de ser, tras tanto andar vagando como en sombras, despersonalizado o enajenado, es algo que aún acontece sólo a niveles profundos. Tardará algún tiempo todavía en manifestarse en esa conciencia pública condenada durante generaciones a no estudiar su historia y tradición auténticas, la densidad viviente de su lenguaje, memoria y utopía críticos, ni en la escuela ni en el bachillerato ni en la universidad bajo ocupación ilustrada primero o marxista más tarde. Este desfase aún de lo cotidiano, este no ser el inconsciente colectivo y sus flujos y reflujos cuestión directamente empírica, hará que el observador superficial entienda que todo sigue siendo lo mismo, si exceptuamos la epidermis del hedonismo consumista o la "movida" madrileña; que los españoles seguirán siendo, por los siglos de los siglos, aquella multitud de *zombis* históricos que fueron decimonónicamente hasta Unamuno. Gentes programadas con los mismos esteotipos de ignorancia que los distinguieron hasta ayer, y que andaban tan lejos de responder a su realidad verdadera.

A esa mentalidad ausente o vaciada de la propia esencia seguiría respondiendo lo que unos y otros, por ejemplo, no han dejado de llamar "el Imperio". Lo cual encubre que no supieron hacerse todavía con las coordenadas intelectuales que permiten comprender nuestra historia como tradición viva, no como un episodio

más en el proteico juego de las mil caras que en cada época adopta el monstruo constante de la dominación. Sin que dejemos de repetir sin cesar, cómo no, que claro que hubo dominación, e inhumanidad, y basura. Porque la verdad es que hasta ahora desconocemos el modo de que nadie viva sin estar muriendo su vida simultáneamente, a todo lo largo del trayecto; el modo de que no haya salud que no esté siendo la provisional y precaria victoria de cada momento sobre la enfermedad o el desastre que acechan. Pero a nadie lo conocemos por eso que hay en él de muerte que está contradiciendo, de enfermedad o accidente que están siempre a punto de bloquearle. Por lo que conocemos a la persona es por su nombre y por su empresa. Claro que sabemos que esa vida está muriendo. Pero lo que nos importa es sintonizar con su vida la nuestra, sea para hacerla juntos, sea —es el caso del rencor anti-hispánico— para deshacerse.

Así es como hay quienes se quedan revolviendo los basureros que les ocultan las grandes construcciones levantadas, pese a todo, por el espíritu humano, amasadas siempre con el ensueño, el lenguaje, el simbolismo, la esperanza y —¿cuándo no ha sido así?— también con el dolor, la tragedia de los hombres que se encontraban entendiendo la realidad del mundo en que querían vivir, con paradigmas distintos. Hay quienes no salen de revolver las heces —tarea de laboratorio, en algún aspecto, y en ese mismo aspecto necesaria—, igual que hay quienes tienen por tarea interpretar y levantar el curso de realización de estos grandes empeños del hombre, precisamente en lo que contienen de enriquecedor de su evolución para el encuentro y el amor universales. Lo cual, cierto es, ya no puede hacerse a estas alturas sin saber evaluar a la vez, dentro de la misma investigación de cualquier acción creadora, los costos de fracaso y de sombra que hayan empañado los esfuerzos más altos.

Sólo que la auditoría encargada de descubrir los sesgos y los fallos no tiene por objeto demonizar a nadie, y menos a los paradigmas más nobles y depurados, como quisieran los rivales de éstos, sino asegurar las nuevas condiciones de racionalidad crítica en que un paradigma sobrehumanador pueda desarrollar los horizontes máximos pretendidos en su fundamentación cultural. De modo que nada pueden comprender los que, aún movidos por un excelente espíritu, como hoy ocurre en Iberoamérica, siguen obstinados en mirar nada más que lo negro de nuestra historia y en no mirar la colectiva aventura titánica del espíritu que de ese mismo fondo emerge. Un espíritu, una utopía viva, que lo único que ahora reclama de nosotros es no seguir más desacertando el acierto o re-

duciendo a su residuo esperpéntico nuestras mejores zancadas sobrehumanadoras.

Es el caso, pues, que desde esta perspectiva de largo plazo, frente a lo que nos vendría a poner el ya indicado entrecruzamiento aleccionador de años memorables es ante un inesperado espejo dramáticamente roto en pedazos, en cuya imagen los españoles tenemos oportunidad de vernos representados bajo una tan irrecognocible y fragmentada figura que poco nos costará comprender después lo mucho que hemos andado y lo lejos que estamos todavía de encarnar en serio el paradigma y la utopía del vivir español que nosotros mismos hemos creado. Y andamos lejos, dicho sea una vez más desde las dos caras de la moneda. No porque no haya habido grandeza —todo ese despliegue de sin rival grandeza del espíritu que rebosa el reinado de los dos Austrias mayores, más la grandeza ya metahistórica que se desprende de las cimas de esa época, al estilo del mismo retiro en Yuste del al fin quijotesco emperador del mundo— en lo que hemos visto qué ciego es seguir denominando "el Imperio". Porque hacerlo revela que no se ha sabido dar todavía con las coordenadas de fondo, las auténticas, de nuestra tradición cultural. Ya que nunca hay "Imperio" más que en la medida en que hay dominación, "colonialismo", aversión a la dignidad y la liberación en marcha de los otros hombres. Justamente la actitud que ha motivado, incluso en cuanto ha tenido de *individualismo* paradigmático, toda la acción histórica de la "modernidad progresista", hasta las actuales políticas de Estados Unidos, la Unión Soviética o Sudáfrica. Pero que si hoy es ya una actitud anacrónica, que todos entendemos urge superar mediante una actitud liberadora, ello ha sido posible fundamentalmente gracias a cuanto la humanidad experimentó de desmesura, agonismo y utopismo, tanto liberantes como críticos o racionales, en aquella ambigua España de su segundo renacimiento, en el cual se entremezclan asombrosamente la vieja inhumanidad que antes de España lo señoreaba todo con nuestra nueva conciencia liberante-racional. Una conciencia de la radicalidad sobrehumanadora de los libres, cuyo paradigma liberador, ya universalizado, nos permitirá a todos, hombres y pueblos, cuando hayamos logrado dejar atrás esta última gran crisis de nuestra inhumanidad residual de hoy, construir precisamente para todos la sociedad de los libres.

Algo nos tranquiliza ya en este sentido ver que ninguno de los centenares de historiadores y filólogos occidentales que vienen rehabilitando críticamente nuestra verdadera historia, digamos, hasta la "España a escala del mundo" de Bennassar sería capaz

de recaer en cualquiera de las grandes simplezas y aberraciones sobre las que se diseñó la tópica historiografía española o hispánica fabricada por el romanticismo liberal. En parte porque ya quebró definitivamente en todos lados aquella famosa "modernidad" antihispánica que hoy sólo seduce aún a algunos despistados intelectuales hispanohablantes. Y en parte, porque ya ha dado tiempo a que, ante el gran momento transmutador de nuestro 1992-1998, haya encarnado con nuevos rasgos transfigurados en nuestra conciencia colectiva esta viva tradición de base, hispano-liberante, hispano-católica, cuyo vehículo, el lenguaje y las creencias, sigue impeliendo hoy a todos nuestros pueblos, incluido el gran caso insólito de la hispanización no hispanófona de Filipinas.

Es por ahí por donde puede comprenderse que a los cien años de 1898 nadie ha pasado a la historia de los pueblos acabados, jubilados por aquella joven potencia que tan a costa nuestra comenzó su penúltimo y ya —como hemos visto— anacrónico asalto al mundo. Aunque será necesario que, no para odiar, como se hacía antes, sino para poder encontrarlos todos en lo hondo, sepamos dedicar lo mejor de nuestra literatura, nuestro arte y espiritual recuerdo a tantos miles de varones y mujeres sencillos, de todos nuestros pueblos —como hoy honran los japoneses sus víctimas del primer bombardeo nuclear—, que pagaron el costo máximo de esta misma aurora de nuestra fraterna esperanza. Pues sólo se llegó a hacer realidad gracias al coraje con que ellos sufrieron y murieron esperándola para nosotros.

Es desde este fondo misterioso y terrible, donde la simiente que muere relanza toda vida fecunda que venga tras ella, desde donde tiene que trabajar nuestra hermenéutica liberante y desde donde se comprende perfectamente que la verdad es que ya nos deberíamos haber sabido vacunar a tiempo, el conjunto de los hispanos de todos nuestros pueblos, frente al tipo de enfermedades sociales y psicosociales que venimos arrastrando colectivamente. Enfermedades inducidas todas ellas, contraídas por contagio, cuando no descaradamente inoculadas, desde el vitalismo antagónico de agentes externos. Claro que todo este asunto ha venido constituyendo, como no podía ser menos, un grave y largo problema intelectual. En todo el dilatado lapso de tiempo que duró el que Gaos denomina nuestro "pensamiento de la decadencia", lo que nos aconteció no fue otra cosa que esa profunda enfermedad colectiva hispánica, cuyo diagnóstico riguroso no hemos estado en condiciones de hacer con precisión hasta ahora. Y mientras no dispusiéramos de ese diagnóstico correcto acerca de la manera patológica en que los hispanos hemos vivido la falsa univocidad uni-

versal que las culturas ilustrada y marxista llamaban "la modernidad", mal podíamos conocer las defensas que racionalmente nos hicieran invulnerables a los males que respondiesen a esta misma etiología.

Es ahora, en efecto, gracias a la puesta a punto del análisis hermenéutico de la tradición y del lenguaje —el español, en nuestro caso— que la configura, tal como lo ha enfocado rigurosamente Gadamer —"Una tradición cultural viva... no se limita a conservar lo que hay sino que lo reconoce como patrón y lo transmite como modelo"— cuando hemos podido disponer de la herramienta crítica que nos permita objetivar con entera coherencia lo que sea nuestra propia o auténtica tradición cultural —ya vimos cómo el tema había sido genialmente acometido por Unamuno—, así como hemos quedado advertidos del sesgo que desde fines del siglo xvii ha desgarrado nuestra visión de la realidad, hasta dejar afectado de tan notable desdoblamiento esquizoide ese largo período del vivir histórico de todos nuestros pueblos.

Desde esta perspectiva, y sea lo que fuere —al modo de lo que, por nuestra parte, hemos tratado de dilucidar— esa popular, esencial o auténtica tradición española e hispánica, lo que más salta a la vista es precisamente aquella patológica escisión del "alma" colectiva que nos ha venido afectando y cuya convalecencia no hemos terminado aún. Aquella tradición ajena y enajenante que han representado nuestros dos "progresismos", incrustada con violencia desde fuera, hostil a cuanto realmente éramos o pretendiéramos genuinamente ser, es en efecto el factor que nos ha tenido disociada la conciencia colectiva en el famoso par irreconciliable de nuestros prejuicios autodestructores. El machadiano "españolito que vienes/ al mundo, te guarde Dios,/ que una de las dos Españas/ ha de helarte el corazón", que animó nuestros años de resistencia a la dictadura, aunque por seguir el tópico no acertara en el diagnóstico —nunca hubo "dos Españas", escribimos hace tiempo, sino dos enfermedades simultáneas, reaccionaria y "progresista", soportadas por la única España constante—, nos tuvo impotentes mientras duró todo el "tiempo de la decadencia", fatigados en deshacer con una mano cuanto tan trabajosa e inspiradamente habíamos conseguido construir con la otra, hasta venir a quedar inermes antes el rechazo y la codicia de propios y extraños.

Es así todavía la hora en que ese par de prejuicios enfermos, desquiciantes, van a seguir coincidiendo con la amnesia cultural de nuestra izquierda y la mineralización más o menos fundamentalista de nuestra derecha política, en tanto que no logremos su-

perar nuestro prestado e insuficiente modelo de democracia burguesa, de oligarquías o de facciones. Por un lado, nos seguían perjudicando los restos de aquella alucinada hispanofobia de quienes hicieron tradición suya los prejuicios antihispánicos de otros, por vía de imaginarse que podríamos llegar a transformarnos en una sociedad burguesa individualista y capitalista como esas que ellos adoraban. Por otro lado, tendremos que seguir soportando también los restos del antagonismo de quienes respondían a tamaño dislate, no intensificando la creatividad innovadora desde la tradición cultural viva del pueblo, de las vanguardias y de la historia en marcha, sino "defendiéndola", es decir, poniendo crispamiento donde hacía falta inventiva, esclerosándose en la conservación cerrada de un poder económico y político que nunca vacila ante la injusticia o la carnicería, el servicio ciego a intereses extranjeros o la guerra civil. Y nada diremos de la dictadura y el despotismo, porque de eso han demostrado ser tan capaces nuestras "derechas" como nuestras "izquierdas". Así como cuando no se nos torcía la cara, durante el final de la "decadencia", hacia el "progresismo", porque nos contagiábamos de represión antiobrero, a la europea, de fascismo o de anticomunales "minorías selectas" o nos proliferan aún comandos terroristas de "revolucionarios" teledirigidos para incrustarse en nuestros reales movimientos populares de liberación: los que moviliza espontáneamente el fondo de "democracia de ágora" que nos sigue empujando en cada nueva crisis a la misma lucha secular por la justicia.

Porque los pueblos son eso, principalmente: el entusiasmo creador que unas veces trabaja en disciplinados ejércitos cotidianos, otras crea las maravillas del arte o del folklore, otras engendra con amor las generaciones, otras ora o se sacrifica abnegadamente o, en fin —cuando no tiene más remedio— lucha por la justicia. Aunque haya que descartar de este capítulo, por falsificadores, a los especialistas del odio y la violencia organizados: los que se dedican a la profesión de "enloquecedores de pueblos". Un pueblo es el oleaje estallante, que nunca cesa, de una madeja convulsa de esperanza y sueños titánicos —no sé por qué me viene ahora a la memoria la colosal estructura vacía de las ciudades, los templos, caminos y canales de la civilización y los dioses mayas, enterrados en la selva—, el *thesaurus* cultural vivo de un sistema de sistemas, arquitectónicamente complejísimo, poblado de mitos y creencias, ideas y valores, simbolismos y tradiciones, arquetipos literarios, textuales, en los que se cifra su *sagrada escritura* particular. Forjado todo ello en el fuego de su utopía del mundo altamente soñada desde el origen, del paradigma fundamentante

que sirve de intuitiva brújula al pueblo y a los creadores del lenguaje en que esa utopía sustantiva y ese paradigma se expresan, hasta hacer inconfundible cada identidad histórica o morada vital. La idea primordial que da unidad a esa multitud de hombres —varones, mujeres— de cada generación que se siguen acogiendo a la "cuenca semántica", a la galaxia de símbolos en que ese mismo sentido de la vida o del mundo se ha abierto paso al correr de los siglos.

Claro que eso "inconfundible" de cada identidad cultural no quiere decir "sencillo de interpretar". Y de esto los españoles, al igual que todos los hispanos, sabemos bastante. Somos de la gente a la que peor se ha entendido. Eso aparte de que hay quien se especializa, poniendo a contribución incluso tenaces años de estudio, en no enterarse nunca de lo que está mirando. Hoy es el día en que aún puede, sin ir más lejos, cualquier alcalde nacionalista de San Sebastián declarar a un grupo de extranjeros visitantes que "tienen suerte por estar en la única parte verde de la Península", porque "el resto del país es desértico y tierra de cabras" (*El País*, Madrid, 4 de abril de 1987). Ante esta notable apuesta a inventarse las mismísimas piedras debajo de los pies, comprendemos lo poco que se tuvieron que esforzar en inventar y llegarse a creer —igual que tomaba nuestro divertido alcalde "el rábano por las hojas"— los holandeses e ingleses del XVI las leyendas hispanóforas que ellos mismos urdían.

Bien. Lo que nos importa retener, ante este parpadeante por ambiguo doble centenario hispánico de 1992-1998, es que ya tenemos que saber distinguir a primera vista entre lo que son aquellas formidables simbolizaciones culturales que nos sirven de fundamento —sin las cuales no existimos realmente, pues sin ellas, desde la raíz de nuestro lenguaje, habremos perdido razón de ser, símbolos y arquetipos del origen, que son de suyo creadores manantiales, utópicamente constructores de todos los mundos reales que han desarrollado la historia— y lo que son aquellos otros simbolismos que presiden nuestra desintegración: los bloqueantes, involutivos y destructores de la morada vital que hemos puesto en la realidad en que antes no estaba, que rehacemos todos los días, y que mientras tanto nos acoge. Claro está que nunca podremos evitar, por mucho que nos unamos y nos eduquemos en la paz y la armonía ciudadanas, que un sector de la comunidad siga siendo neto rechazo interno, escepticismo anticreador o picaresca transgresora, corrosión y rémora, contracultura desviante, por insana o por enajenada. En toda cultura y escenario histórico, unos desem-

penan de esta forma los papeles esenciales, instauradores, que van configurando libremente el "alma" o el paradigma colectivos. Otros lo hacen al contrario. Es así como todo crecimiento de cuanto sea humano se retroalimenta de lo que lo desvirtúa. Y ahí, en ese liberarnos incesante de cuanto nos sojuzga o nos enajena a los hombres o a los pueblos, es donde tenemos lo enmarañado y convulso que decíamos de esta madeja que aún nos queda por desenredar a los españoles e hispanos revitalizados de todas partes de la Tierra.

Pues de lo que no cabe duda es de que los pueblos que se estancan —nos vuelve al recuerdo la enigmática sociedad maya, aquellos que dejan bloquearse, pararse sin remedio el reloj de su inconsciente lenguaje y memoria colectiva, son los que quedan desalojados de toda vida histórica. Mientras que seguir adelante en la navegación viva de la evolución humana no puede significar otra cosa que lanzarse sin cesar, con ímpetu o entusiasmo renovados cada vez, contra el obstáculo que nos rechaza, para superarlo anegándolo en nuestro río. Cierto es que tampoco nos cupo durante una época ni una cosa ni otra: replegarnos o refugiarnos sin más en la "cueva materna". Es eso lo que hemos visto que significó nuestro dilatado pero nunca definitivo "tiempo (y pensamiento) de la decadencia". Pero ya digo: lo que interesa aprender es que no quedó otra salida de ese estado de medio-enajenación medio-liberación de pérdida de sí, que morir con la esperanza puesta. El sencillo trámite que implica siempre el nacer de nuevo, el hombre nuevo, la nueva humanidad. A este trance de oscura metamorfosis, en el que los pueblos vuelven a construirse, es a lo que siempre hemos llamado una revolución histórica. Como nosotros a la de nuestra comunidad de naciones, desde 1873 hasta hoy, pueblo a pueblo, heroísmo colectivo a heroísmo y espanto colectivos, no la podremos llamar nunca otra cosa que la revolución hispánica. Éste es el único reaseguro que poseemos de que justamente ahora, cuando todo comienza para nosotros de nuevo, el español no va a dejar de serlo. Podrá atender a la empresa tecnológica, política y cultural de Europa y a la amistad con Estados Unidos, pero no para distraer fuerza, emoción, sacrificio ni esperanza algunos de lo único que le es esencialmente suyo: el reconocimiento solidario constante de sí en el espejo entrañable de sus pueblos hermanos. Los que viven de su misma utopía y paradigma fundadores, de su lenguaje y tradición cultural, de su misma esperanza en conquistar —lo que antes se llamaba la "salvación"— la dignidad y la liberación de todos. En esta hora en que a todos nos es demasiado comprometido abrirnos paso, ma

lamente y a solas cada uno, dentro de un planeta que ha terminado por hacérsenos a todos, e incluso a las sociedades opulentas que lo asolaron —de veras y sin "leyendas negras" que valgan—, inhumano y feroz para el hombre.